

no sé quien tiene mas gusto, si el que recibe ó el que da.

Diré ántes que el día 15 de Diciembre, cuando la Iglesia comenzaba sus grandes antífonas de Navidad, pedimos una novena. Se convino en que la última serenata tendria lugar durante la comida y en la misma sala. Los buenos Pifferari aceptaron la condicion con entusiasmo y estuvieron fieles á la cita. Como un recuerdo quise tener su cancion. Nos las dictaron ellos mismos; héla aquí en una traduccion que no puede expresar la gracia sencilla de su orijinal.

“Oh dulce Virjen, hija de Santa Ana  
“en vuestro seno llevasteis al buen Jesus.  
“Los ánjeles exclamaban: Venid, Santos,  
“id á la cabaña del niño Jesus, nacido en  
“un pequeño establo donde comian los  
“bueyes y los asnos. Virjen inmaculada,  
“bienaventurada en el cielo, sed nuestra  
“abogada en la tierra. Que la noche de  
“Navidad, que es una noche santa, sea  
“presentada esta oracion que hemos cantado al Niño Jesus 1.”

No debo olvidar que nuestra vieja ama de gobierno se hallaba presente al concierto. Era una digna hija de los Sabinos ó de los Ecuos, de los cuales descienden en línea recta los Pifferari, habitantes seculares de la Sabina y de los Abruzos. Al sonido de la música de la canzonetta que habia hecho el encanto de su infancia, la buena Mónica olvidó de pronto sus cincuenta y seis años y se puso á bailar como una jóven, sin que las observaciones,

1 O Verginella figlia di sant' Anna  
Nel ventre tuo portaste el buen Gesù  
Gl' Angioli chiamarano: venite Santi,  
Andate Gesù bambino alla campanna,  
Partorito sotto ad una capanella,  
Ad'ove mangiavan il bove e l'asinelli.  
Immacolata Vergine beata  
In cielo, in terra sia avvocata.  
La notte di natale, é notte santa,  
Questa orazion che sem cantata  
Gesú bambino sia representata.

ni las carcajadas pudieran distraerla. Con la mayor seriedad del mundo, y sin hecer caso de nadie, bailó en honor *di Gesù bambino e de María Santissima* tanto cuanto duró la sinfonía nacional. ¡Buena Mónica! ¡Dios os bendiga! El ama, á no dudar, vuestra ardiente y sencilla fé y vuestro imperecedero amor hácia los inocentes recuerdos de vuestra tierna edad.

Ha llegado Navidad; todos los acordes campestres han cesado; los Pifferari desaparecen; su mision se ha cumplido. Adios, pues, buenos Pifferari; volved á tomar alegremente el camino de vuestras montañas y el cuidado de vuestros rebaños: sed felices; habeis hecho una buena y santa accion. Los romanos os bendigan; nosotros os bendecimos con ellos, pero no os olvidéis de volver el año próximo; ¡ay! yo no os oiré entónces, pero más dichosos que yo, otros viajeros os oirán y os bendecirán tambien. Sí, ellos volverán; los padres acaso habrán muerto, pero vereis acudir á sus hijos y á los niños que repetirán en el oboe hereditario, los suaves y sencillos acordes de sus abuelos. Así es como en Roma, durante el bello tiempo de Adviento, no se puede dar un paseo por las calles, ni permanecer una hora en casa, sin verse llamado uno á su pesar á recordar el tierno misterio que se prepara.

#### 6 DE DICIEMBRE.

Visita á san Pedro.—Recuerdos.—Plaza de san Pedro.—Obelisco de Neron.—Trono de san Pedro.—Confesion.—Cúpula.—Lecciones.

Ocupaciones puramente materiales nos habian obligado á aplazar nuestras expediciones científicas; libres ahora de todo cuidado, pudimos hoy comenzarlas. El día se anunció magnífico, el cielo de Italia reapareció con toda su pureza. Las nueve

sonaban en la Propaganda, cuando salimos á visitar á san Pedro. Por todos títulos la augusta basílica debe colocarse á la cabeza de las excursiones romanas. Durante el trayecto, que fué bastante largo, nada ví, nada oí; mi alma estaba absorta ante una multitud de pensamientos igualmente conmovedores y como subyugada por emociones tan dulces como profundas. ¿Qué otro medio? Por poco que recoja sus recuerdos el peregrino en san Pedro, ¿no ve desarrollarse ante sí, como una inmensa cadena de oro, de perlas y de rubíes, esa solemne procesion de emperadores, de reyes, de pontífices, de sabios, de santos y de santas que han acudido en el espacio de quince siglos, del Oriente y del Occidente, de la Africa, de las Españas, de las Galias y de la Germania, para honrar la tumba del pescador galileo, á quien viene él tambien á rendir sus homenajes?

A la cabeza de estos peregrinos coronados marcha el vencedor de Maxencio, el primer emperador cristiano, Constantino el Grande. Despues de él Teodosio, que en 393, al partir á la guerra contra Eujenio, vino revestido de saeo y de silicio á pedir la victoria por intercesion del vicario de Jesucristo. En 449, Valentiniano, con su esposa Eudoxia y su madre Galla Placidia. En 545, ved al vencedor de los bárbaros, al sosten del imperio quebrantado, á Belisario, rindiendo homenaje de sus laureles á Pedro, otro vencedor de la barbarie. Marcha en seguida un rey de mirada terrible, de gigantesca estatura: es el feroz Totila, asolador del mundo, el azote de Roma. Lobo cruel en todas partes, en la tumba del apóstol es un tímido cordero. ¿Cuál es aquella otra testa coronada que domina á la multitud? Es Cedwella, rey de los sajones occidentales, que en 669 dejó su reino para venir como humilde catecúmeno á recibir el bautismo en la iglesia de los Apóstoles.

Le sigue de cerca un peregrino no ménos ilustre, Concredo, rey de los Mercianos. Se halla tan feliz cerca de la tumba del vicario de Jesucristo, que se despoja de la púrpura real y se hace religioso de un monasterio cerca de san Pedro con el fin de conseguir la gracia de vivir, morir y descansar cerca de los Apóstoles. Por todos los caminos que conducen al glorioso sepulcro se recuerdan otros muchos jefes de naciones civilizadas ó bárbaras; Luitprand, rey de los Lombardos; Ina, rey de Inglaterra; Carlomagno, rey de Francia, Ruado, rey de Inglaterra; la piadosa Bertrada, mujer de Pepino y madre de Carlomagno; Offa, rey de los sajones orientales; que hizo á su reino vasallo de san Pedro, el rey de los Lazzi, pueblo de Cólida, acompañado de lo más florido de su nacion; los emperadores Oton I, Oton II, Oton III, san Enrique rey de Germania; la emperatriz Ines, mujer de Enrique III; Machestad, rey de Escocia; Christiern, rey de los Dácios y de los Godos; el emperador Juan Paleólogo y otra multitud de reyes y reinas que brillan en la historia con la doble auréola del talento y de la virtud.

¿Cuál es, pues, el atractivo poderoso que condujo á todos esos monarcas á la tumba del vicario de Jesucristo? ¿Cuál la significacion misteriosa de ese echo secular? Aparece como respuesta en todo su esplendor la gloriosa revolucion que arrebató al imperio de la fuerza brutal é inauguró la supremacía de la intelijencia sobre la doble cruz del Calvario y del Vaticano. Con el Evangelio viene la verdadera nocion del poder, el trono es una carga. Y hé ahí que para la felicidad de los pueblos, una mano divina llevaba á todos aquellos monarcas hácia la tumba de san Pedro, á fin de tomar de allí el conocimiento de sus deberes, el desinterés, la abnegacion, el espíritu de sacrificio y los

en timientos paternas que deben llenar el corazón de los reyes hijos del cristianismo. ¡Útil peregrinación! en que los poderosos y los fuertes juraban sobre los huesos sagrados del vicario de Jesucristo, no reinar nunca según su capricho, sino según la equidad.

Entonces se comprende la profunda significación de todas esas coronaciones de reyes y de emperadores hechas en san Pedro de Roma con aclamaciones de la Europa rejuvenada. Entonces se dibuja, radiante de luz, la figura más grande de los tiempos modernos, Carlomagno, restaurador del imperio romano y tipo de la dignidad real cristiana. Cuatro veces vino á ese sepulcro sobre el cual vamos á prosternarnos. La última vez, el año de 800, el día de Navidad, el hijo de Pepino, arrodillado sobre las losas de la venerable Basílica, recibía la corona imperial de manos del papa san Leon III; y todo el pueblo romano hacia oír estas alegres palabras: *A Carlos, muy piadoso, augusto, coronado por Dios, grande, pacífico, emperador de los romanos, vida y victoria!* 1 En verdad, repito, el pueblo tenía razón de regocijarse. ¡Oh! ¡Qué sólida garantía encontraba el mundo en aquel acto augusto, en que los reyes de la tierra, declarándose vasallos del Rey del cielo, se obligaban solemnemente á tomar por modelo al divino Rey que murió por su pueblo! Después de Carlomagno, ved sobre la misma tumba á Lothario recibiendo la corona de las manos de Pascal I; á Alfredo rey de Inglaterra, coronado en el mismo lugar por san Leon IV; á Carlos el Calvo, por Juan VIII; á Carlos el Gordo, por el mismo pontífice; á Othon I, por Juan XII; á san Enrique con santa Cunegunda, por

1. Carolo piissimo, augusto, a Deo coronato, magno, pacifico, imperatori romanorum, ¡vita et victoria! *Anast, in Leo.*

Benedicto VIII, y á otros muchos príncipes no menos poderosos.

¿Debe causar admiración ahora el profundo respeto que inspiró siempre San Pedro de Roma aun á los bárbaros y á sus mismos perseguidores? Alarico, señor de la ciudad de los Césares, rompe, arruina, quema todos los monumentos de la capital del mundo; pero por una gloriosa excepción, prohíbe que se toque á San Pedro y que se haga algún mal á los vencidos refugiados en la venerable basílica. La emperatriz Teodora quiere satisfacer á cualquier precio su venganza contra el papa Virjilio: «Apoderaos del papa, escribe ella á Antemio, donde quiera que lo encontréis, en San Juan de Letran, en su palacio, ó en cualquiera otra iglesia, excepto en San Pedro» 1. ¿Hay necesidad de recordar que en estos últimos tiempos, Berthier, jeneral de las tropas del Directorio, disponiéndose á bombardear á Roma desde lo alto del *Monte Mario*, penetrado de respeto prohibió que se dirijieran tiros sobre la basílica del príncipe de los apóstoles?

Creo, pues, que con justo título, tantos gloriosos recuerdos llenaban mi alma de religión y la absorbían toda entera durante el viaje. Ellos habían cautivado de admiración á dos hermosos jeníos del Oriente y del Occidente, san Crisóstomo y san Agustín 2. Y estos grandes hombres no habían visto todo; solo habían podido conocer en parte la gloria de San Pedro de

1 *Exceptis omnibus, in Basilica Santi Petri, parce. Nam in Lateranis, aut in palatio, aut in qualibet ecclesia inveneris Vigiliam mox impositum navi perduc enm ad nos. (Not. ad Martyrol. 18 nov.)*

2 *Ille qui purpuram gestat ad sepulcra illa se confort, ut ea oxosculetur, abvecto que fastu supplex stat. Y en otra parte: Relictis omnibus ad sepulcra Piscatoris et Pellionis currunt et reges, et præsides, et milites. Chrys. Homil. XXVI, ad Corinth; Aug. Epist. IV Madaurenses.*

Roma. Sea como fuere, yo me decía con indefinible dicha: Héme aquí á mi vez, oscuro peregrino, próximo á pisar esta sagrada tierra del Vaticano, regada con la sangre del príncipe de los apóstoles; próximo á ver esa basílica, teatro de tantos hechos gloriosos; santuario de donde salieron tantos oráculos, arca de alianza de dos poderes que rigen el mundo; lugar por siempre bendito, en donde se han oído tantas oraciones y se han derramado tantas lágrimas, de donde se han elevado hácia el cielo tantos votos, tantos suspiros, tantas triunfales aclamaciones; voy, en fin, á gozar una felicidad que ha sido la ambición de mi vida. ¡Pueda yo experimentar alguno de los sentimientos de amor y de fe que hicieron palpar aquí tantos nobles corazones!

Sin embargo, habíamos llegado al Tíber. Lo atravesamos por el puente Santo Angel, ántes puente Elien. Dejando á la derecha la mole de Adriano, á pocos pasos nos encontramos ante la mayor maravilla del mundo moderno. La plaza que precede á San Pedro de Roma, me sacó de mis sueños. Era imposible desear un lugar más majestuoso é imponente, para poner de relieve la augusta basílica. Es de forma oval, rodeada de un soberbio pórtico con cuatro hileras de columnas, coronadas con estatuas de mármol blanco. En el centro se levanta un obelisco egipcio entre dos fuentes cuyas aguas se elevan en argentada lluvia, y caen formando cascadas bullidoras en tazas de bronce. Admirados y como desvanecidos por lo que veíamos, quedamos algún tiempo inmóviles, sin ver nada, frente al frontispicio de San Pedro. El obelisco tuvo al fin el privilegio de fijar nuestra atención.

Transportado de Egipto á Roma, por orden de Calígula, ese monolito fué colocado en el circo del Vaticano, al que servía

de límite. Vió á Neron, disfrazado de automedonte, dirigir su carro á la luz de las antorchas vivas, es decir, de los cristianos revestidos con la toga incendiaria, atados á unos postes colocados á ciertas distancias, é iluminando los fuegos nocturnos del cruel emperador 1. En 1586, Sixto V la hizo colocar en el centro de la plaza San Pedro, frente á la basílica. Al principio, estaba sostenida por cuatro leones de bronce, y podía tener cien piés de elevación; los leones han desaparecido, y la altura del obelisco es ya solo de setenta y dos piés. En uno de los lados, que da á las fuentes, se lee la dedicatoria hecha por Calígula á los emperadores Augusto y Tiberio. En el lado opuesto á la plaza, se halla grabada esta inscripción triunfal, digna inspiración de Sixto V.

ECCE CRUX DOMINI,  
FUGITE,  
PARTES ADVERSÆ;  
VICIT LEO  
DE TRIBU JUDA.

“Hé aquí la cruz del Señor; huid, potencias enemigas, ha vencido el león de la tribu de Judá.”

La parte que ve á San Pedro, proclama en los siguientes términos la eterna victoria del cristianismo:

CHRISTUS VINCIT,  
CHRISTUS REGNAT,  
CHRISTUS IMPERAT,  
CHRISTUS AB OMNI MALO  
PLEBEM SUAM  
DEFENDIT.

“Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera; que Cristo defienda á su pueblo de todo mal.”

Al separarse del obelisco, á pocos pasos se llega al pié de una suave pendiente que conduce á la plataforma que termina

1 Tácito. *Annal*, c. IV.

en el frontispicio de San Pedro. Esos tres lugares, que reunidos presentan el más precioso conjunto, tienen una longitud total de 1,073 piés.

En fin, tocamos el *umbral de los santos Apóstoles: ad limina Apostolorum*. ¿Qué decir del templo inmortal edificado por el genio cristiano al ilustre jefe de la Iglesia? Un todo perfectamente armónico, á pesar de sus colosales proporciones, adornos dorados admirablemente distribuidos, exquisitas pinturas, los más preciosos mármoles, mosaicos de inimitable riqueza, colorido y dibujo: hé aquí lo que hiere, lo que admira la vista, por cualquier lado que se dirija. Pero no debo hablar hoy de las humanas magnificencias del augusto monumento; no he venido como artista, sino como cristiano. En esta primera visita respondían mejor á las disposiciones del alma, el trono de San Pedro, la Confesion, la cúpula, tres magnificencias de un orden superior.

En la vasta nave donde la vista se pasea sin hallar ni sillas, ni bancas, ni púlpito, se levanta un trono de obispo. Un pontífice está sentado en él; inmutable é inmortal como la verdad, cuyo órgano y guardian es. Ese pontífice es el mismo á quien se dijo: *Apacenta mis rebaños, apacenta mis ovejas, confirma á tus hermanos; he orado para que tu fe jamás desfallezca*. Y Pedro, el pontífice de los siglos, está siempre allí, viviendo en sus sucesores, enseñando por ellos, velando por su ministerio, por las ovejas y los rebaños. En la majestuosa soledad de la inmensa basílica, Pedro está solo; ante él todo calla, todo desaparece. Fuera de allí, habrá otros pastores, otros tronos, otras voces; pero aquí, en el primer templo de la cristiandad, no hay más pastor que él, ni más trono que el suyo, ni otra voz que su voz. Jefe supremo de la gerarquía, ve en todos

los pontífices esparcidos en las cuatro partes del mundo, miembros de su redil, coadjutores y no iguales. Su voz es su oráculo, sus órdenes la regla de su conducta, y por su mediación, el oráculo y norma del universo.

Al arrebatador espectáculo de la unidad católica personificada en San Pedro, la basílica añade otro no ménos sublime. Muestra al pecador galileo comprando su gloriosa prerogativa al precio de un inmenso amor. A pocos pasos del trono, está la *Confesion* del apóstol. Nombre admirable dado por el genio cristiano al altar de los mártires; porque recuerda que el testimonio de la fe le rindió el más irrecusable de los testimonios, el testimonio de la sangre. Bajo un rico baldoquin, sostenido por cuatro columnas de bronce de Corinto, se levanta el altar superior, el altar papal. Debajo está la tumba de San Pedro y San Pablo, ante la que arden noche y día ciento veintidos lámparas, triple símbolo del amor, de la veneración y de la fe. Se baja á ellas por dos escaleras circulares, del mejor mármol blanco.

Al aproximarme á esa Confesion eternamente venerada, no sé qué se apodera de vosotros y os subyuga. Se cree oír la voz del Hijo de Dios preguntando á su futuro vicario: *¿Simon, hijo de Juan, ¿me amas?* Y desde el fondo de esa tumba sale la voz de Pedro que responde: *Sí, Señor, sabéis que os amo*. Y estais conmovidos hasta el llanto en presencia de los huesos de dos mártires, gloriosos testimonios de su amor, y solo teneis ya palabras para bendecir y orar. Siguiendo el ejemplo de tantos millones de peregrinos, nuestros predecesores y hermanos, nos pusimos de rodillas. Apoyado contra la balaustrada de mármol blanco, que rodea la doble escalera, recité en nombre mio, en

el de mis amigos, en el de mi patria y en el del mundo católico, el símbolo de Nicea. ¡Oh! ¡cuán fácil es creer! digo mal, ¡cuán feliz y cuán orgulloso se siente uno de creer, estando allí!

Al alzar la cabeza, la mirada se pierde en la sublime cúpula. Al rededor de la base resplandece la inmortal promesa del Hijo de Dios, escrita en inmensas letras de oro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella*. Tal es entonces la fuerza de las impresiones, que al leer ese oráculo, cree uno oír distintamente la voz divina que lo pronuncia; mientras que la cúpula resplandeciente de mosaicos os muestra, en su doble gerarquía de la tierra y el cielo, á la Iglesia católica, gloriosamente sentada sobre la palabra de su fundador, burlándose de sus enemigos y extendiendo hasta la eternidad su imperio sin límite y sin fin.

Hé aquí la incommutable prerogativa del jefe de los apóstoles, pagada con un inmenso amor, y recompensada con un imperio vencedor del infierno, del hombre y del tiempo: hé aquí lo que dicen el trono de San Pedro, su tumba y la cúpula. ¿Podrá admirarse bastante al catolicismo, que atrae á tantos reyes, á tantos fundadores de imperios, á esa tumba elocuente á fin de revelarles la naturaleza de su poder, la extension de sus deberes, y la recompensa de su fidelidad, de acuerdo con las condiciones de su existencia social? Tales son las elevadas enseñanzas que da á los príncipes y á los grandes del siglo el augusto santuario. En cuanto al humilde viajero, la primer visita á San Pedro, despierta en él los sentimientos de sumision filial á la Iglesia, fe, admiracion, indefinible mezcla de respeto y de amor. Desde nuestra entrada á la maravillosa basílica, las horas habian pasado rápidas

como un instante, y el declinar del día vino á advertirnos que era tiempo de poner término á nuestra peregrinacion.

## 7 DE DICIEMBRE.

Vista general de las dos Romas.—Roma pagana.—Su extension.—Sus vías.—Su poblacion.—Roma cristiana.—Su posicion.—Sus bellezas.—Sus instituciones.—Primera entrevista del Soberano Pontífice.—Bendicion del Santísimo Sacramento en la iglesia de los Santos Apóstoles.

Ayer llenamos el primer deber de todo peregrino católico en la ciudad eterna. El verdadero rey de la ciudad, San Pedro, habia recibido nuestros homenajes; nuestro estudio de las dos Romas debia comenzar. Acompañados de un excelente amigo, cuya ciencia iguala á su adhesion, nos trasladamos á la azotea de una villa 1 situada en la vertiente del monte Esquilino, en el lugar donde se presumia estaban los jardines de Heliogábalo. Desde allí se domina la vasta llanura en cuyo centro se halla Roma. Vueltos hácia el Oriente, teniamos á nuestro frente el Monte Cuvi ó Rómulo, rodeado de poblaciones aborígenas, cuna de la religion del Latium; en seguida, deseubriendo un círculo por la parte izquierda, se ve Tusculum, con sus villas arruinadas y sus recuerdos cicerónicos; Tibur con sus pequeñas cascadas, apoyada en las montañas de la Sabina; el Sacro Monte, á donde se retiró el pueblo para sustraerse á la tiranía de los patricios; la elevada cima del monte Sócratos, de donde fué traído á Roma el papa san Silvestre, no para sufrir el martirio, como se cree, sino para asistir al triunfo del cristianismo y bautizar á Constantino; las solitarias campiñas de Civita

1 Este nombre dan en Roma á las casas de campo ó quintas (N. del T.)

Vecchia; el Mediterráneo, que se dibuja sobre el azul del cielo como un cortinaje de plata; Ostia, que solo vive por su nombre y por sus conmovedores recuerdos de Agustín y de Mónica; Albano, sucesor de Alba la Larga, fundación de Eneas y tumba de Ascanio; en fin, sobre la altura Castel-Gandolfo, con su secular castillo, pacífica habitación de los Soberanos Pontífices, que de lejos puede tomarse por un inmerso faro levantado sobre un promontorio.

En la parte baja de este plano que limita el horizonte, aparecen, diseminados en llanura, algunos de esos monumentos que parecen sobrevivir á todas las revoluciones, para atestiguar de siglo en siglo el poder del pueblo rey. A la derecha, la tumba de Cecilia Métella, luego el acueducto de Claudio, cuyos gigantescos arcos atraviesan toda la Campiña Romana y forman el aéreo lecho del *agua virginal*, durante las seis leguas que separan las montañas de Subiaco de la Ciudad eterna; más allá las acumuladas ruinas de la admirable villa de Adriano y el mausoleo de la familia Plantia, sobre el camino de Tívoli.

En fin, en medio de la vasta llanura, Roma se presentaba á nuestros ojos, rodeada de la elevada y maciza muralla que Aureliano le dió por cintura. Pero esa Roma silenciosa y tranquila, cuyos elevados cimborios brillaban con los últimos destellos del día, no era ya la espléndida y bulliciosa capital de los Césares. Era preciso, sin embargo, para satisfacer nuestros deseos, contemplar la Roma de Augusto ántes de estudiar la Roma de san Pedro.

Inspeccionando algunas osamentas fósiles del mastodonte, Cuvier reconstruyó el prodigioso cuadrúpedo desconocido desde hace largo tiempo. Con la historia en

la mano, intentamos la misma operación sobre el cadáver mutilado de la antigua Roma. Con la cooperación de la memoria y de la vista, esas dos potencias maravillosas de la que la primera, resucitando lo que ya no existe, completa el cuadro que la segunda imprime en la niña del ojo, reconstruimos la Roma pagana: héla aquí tal como se nos apareció, poco más ó ménos, tal cual era bajo el imperio de los Césares.

Resplandeciente de mármoles, de dorados y de todas las obras maestras de la civilización material más avanzada, la reina de la fuerza se hallaba situada sobre siete colinas: el *Palatino*, cuna de Rómulo y habitación de los Césares; el *Capitolio*, donde reinaba Júpiter; el *Aventino*, coronado por su templo de Diana; el *Caelius*, con sus torres y su mercado de pescados, tan frecuentado por los Apicius; el *Esquilino*, con sus múltiples cimas y su campo pretoriano; el *Quirinal*, y sus templos de Quinis y de Salud; el *Viminal*, cubierto en otro tiempo de espesas zarzas y más tarde de magníficos palacios. Roma, que había franqueado el Tíber cuyo profundo lecho la ciñe como una herradura, se extendía aun sobre el Vaticano y el Taticulo. Estaba dividido en catorce rejiones ó cuarteles cuyos nombres, célebres en la historia, son los siguientes: *Puerta Capena, Calimantium, Isis y Serapis, Moneta, Templo Pacis, Vea Lata, Esquilina cum tunc et colle Viminali, Alta remita, Foro Romano, Circo Filaninius, Palatium, Circo Máximo, Piscina pública, Aventino, Trans Tiberim.*

Encerraba en su vasto recinto cuarenta y seis mil ciento dos islas, ó grupos de casas, separadas por calles; dos mil ciento diez y siete palacios, de una magnificencia inconcebible; cuatrocientas veinticuatro plazas ó encrucijadas; cuatrocientos seten-

ta templos de ídolos; cuarenta y cinco palacios consagrados al libertinage ó intemperancia; ochocientos cincuenta y seis establecimientos de baños; mil trescientos cincuenta y dos lagos ó recipientes de aguas; treinta y dos bosques sagrados; dos anfiteatros, de los cuales uno contenía ochenta y seis mil espectadores sentados, y veinte mil en las azoteas; dos grandes circos, el *Flaminius* y el *Maximus*; este último con ciento cincuenta mil lugares, según la opinión de los que le atribuyen ménos, y cuatrocientos ochenta y tres mil, según los que le atribuyen más; cinco lagos en donde se daban batallas navales; veintitres caballos gigantescos de mármol; ochenta de bronce dorado; ochenta y cuatro de marfil; treinta y seis arcos triunfales de mármol, adornados con las esculturas más delicadas; diez y nueve bibliotecas; cuarenta y ocho obeliscos; once furum, diez basílicas y un pueblo innumerable de estatuas de mármol, de bronce y aun de oro 1. Catorce acueductos que llevaban á Roma las aguas, ó mejor dicho, los ríos de las montañas vecinas; veinticuatro caminos ó vías con pavimento de anchas losas, con soberbios mausoleos á uno y otro lado, que salían de las veinticuatro puertas de la ciudad y conducían de la capital del mundo á las provincias.

Así se presentaba á nuestros ojos deslumbrados la ciudad de los Césares. No obstante, apenas habíamos visto la mitad del cuadro. Más allá del *Pomærium*, ó baluarte circular, más allá de las murallas que protegían la ciudad y cuya circunscripción formaba propiamente la ciudad, *urbs*, se extendía una nueva ciudad *civitas*, prolongación inmensa de la primera. Lo que son en nuestros días los subur-

1 Véase á Nordini, *Roma antica*, p. 436, y á Onuphre Canvin, *de Rep. Rom.* 105, 114 á 124.

bios de París á la ciudad primitiva, esta Roma *extra-muros* lo era á la Roma rodeada de las murallas y del *Pomærium*. Sus innumerables edificios cubrían la llanura circular, hoy desierta, que en un día metro de diez leguas, se extiende de Otricoli á Ostia, de Albano y de Tívoli hácia Civita-Vecchia. Hé ahí lo que es preciso saber para comprender á los autores contemporáneos que nos han hablado de la extensión y de la población de la antigua metrópoli del universo.

«Roma, dice Aristides de Smirna, es la ciudad de las ciudadades, la ciudad del mundo entero. Un día no bastaría, ¿qué digo? todos los días de un año serían muy poco para contar todas las ciudades edificadas en aquella ciudad divina 1. Más allá de las murallas de la ciudad, todos los lugares están habitados, añade otro historiador; de suerte que el espectador que quiera conocer la extensión de Roma, se encuentra siempre en peligro de errar, porque carece de señal que le haga conocer dónde empieza la ciudad y dónde acaba. Esto viene de que los suburbios están de tal manera unidos á la ciudad, que presentan á los ojos la imagen de una ciudad que se prolonga hasta lo infinito.» 2

«La ciudad, continúa Aristides, desciende hasta el mar, en donde se encuentra el mercado universal y la distribución de todas las producciones del globo; y tal

1 Commune totius terræ oppidum, eadem urbs urbium quia videre in ea est omnes collatas... deficiant non unus dies, sed quot quot habet annus, si quis ad numerare conetur omnes urbes in caelesti illa urbe positas, idque ob nimiam copiam. *Apud Casaliium, de Orbis splendore* p. 34.

2 Omnia loca circa urbem habitata sine minibus esse, in qua si quis intuens magnitudinem Romæ exquirere velit is errare cogetur, nec habebit signum ullum certum quosque urbs incipiat, aut desinat: adeo suburbana nupsi urbi adherent et annessa sunt, præbent que spectantibus opinionem estensæ in infinitum urbis. *Dionysius apud eumden*, p. 34 y 421.

es la magnitud de Roma, que el espectador, en cualquier lugar que se le coloque, puede creerse siempre en el centro. 1

Tal era, pues, Roma pagana en los días de su esplendor. Más allá de sus murallas y sus colinas, proyectaba como si fuesen otras tantas ciudades, sus inmensos suburbios hasta el Tibur, Otriculum, Aricia y aun más lejos. 2 Según estos testimonios, Roma y sus suburbios habrían cubierto una extensión de diez leguas de diámetro. Un hecho referido en la Vía de Constantino establece á su modo la realidad de estas tremendas proporciones. Este príncipe, viniendo de Roma había llegado á Otricoli. Ya había recorrido una parte de este suburbio, cuando volviéndose hácia el persa Hormisdas, arquitecto célebre que jamás había visto la Italia, le preguntó lo que pensaba de Roma. Admirado de la magnificencia y de la continuidad de los edificios: «Yo creo, respondió el extranjero, que ya hemos recorrido la mitad.» Pues bien, estaba todavía á más de cuatro leguas de la ciudad, propiamente dicha. 3.

A falta de otras pruebas como estas, el solo aspecto del campo romano demostraría la prodigiosa extensión de la antigua ciudad imperial. El suelo escavado, irregular, accidentado de mil modos, los innumerables despojos de monumentos ex-

1 Descendit etiam et pirregitur ad mare ipsunt, urbi communæ est emporium, et omnium quoque teora proveniens distributio. Tantam Romam esse, ut in quacumque parte quit constituerit nihil impediatur, et in medium eum esse. Arist. *Hist. sub Adrian. apud Casal*, p. 34.

2 Munita erat præcelus muris, aut abruptis montibus nisi quod expatiantia tecta multas addidere urbes, in prima regione Plin. lib. III, c. 5.—Nempe ut tot esset urbes, quat ipsa suburbia, quæ, Tibur Otriculum, Ariciam atque alio excurrebant. *Casal*, p. 33.

3 Ammian. Marcella.

tendidos en la superficie, son como otras tantas voces que se elevan de todos los puntos de la llanura, y dicen: Aquí fué Roma I.

Prolongando nuestras ávidas miradas sobre aquella fabulosa ciudad, veíamos brillar al pié del Capitolio, el famoso miliario de oro. De allí partían las vías numerosas que servían de comunicación incesante entre la reina del mundo y todos los pueblos que habían llegado á ser sus vasallos. Sobre sus anchas losas nos parecía ver galopar á los *Tabularios*, llevando las voluntades del César á Oriente, á Occidente, á las Galias, á la Germania, y hasta el centro de las Españas, con orden á las naciones que temblaban, de prosternarse ante los caprichos soberanos de un Neron ó de un Calígula. Se presentaban en seguida, cubriendo todas las avenidas, los innumerables extranjeros, de lenguaje, costumbres y hábitos tan diferentes, á quienes la curiosidad, el placer, la ambición, los negocios, llevaban todos los días, á millares, á una ciudad que más que ciudad de los Romanos, era la ciudad del Universo. 2. Entre estas vías romanas, obras maestras de construcción y de solidez, se nos presentaba en primera línea la vía *Appiana*, á la que su magnificencia le había valido el título de reina de las vías,

1 A pesar de los testimonios precisos de los autores mencionados ántes, es preciso admitir en los suburbios, la existencia de jardines más ó ménos vastos, y también de terrenos aislados (vagos) y de dominio público, en donde los romanos abrían sus carreras de lithoide y de pouzzolane.

2 Commune totius terræ oppidum. Arist. Totæ nationes illi simulet confertim habitant: ut Cappadocum; Scytharum, Ponticorum, et aliorum complures. Galen. *Elog. sophist, Pol. mont.*—Aspice hanc frequentiam, cui vix urbis immensæ tecta sufficiunt, maxima pars illius urbis patria caret; ex municipiis, ex colonis suis, ex toto denique orbe confluerunt. Senec. *ad Helviam.*

*regina viarum*. Pasando por Albano, Aricia, las Tres Logias, el forum de Appius, Sinuesse, Terracina, Fondi, Formium, Minturne, Capua, Nola, Nápoles, Nocera y Salerno, conducía hasta Brindes y á las fronteras orientales de la Italia.

La vía *Latina* se dirigía hácia los Abruzzos, Agnani, Terentino, Frosinone, Aquino, Arpino, situado al pié del monte Casino, y llegaba hasta Benevento.

La vía *Salaria* iba al país de los Sabinos.

La vía *Emiliana* unía á Roma toda la Italia Septentrional, pasando por Cesena, Bolonia, Módena, Reggio, Parma, Placencia, Milan, Bérgamo, Brescia, Verona, Vicencia, Padua y Aquilia.

La vía *Flaminiana* tomaba su dirección por Otricale, Narni, Spoleto, Pesaro, y acababa en Rímni, estación de la flota romana.

La vía *Aureliana* salía por el occidente, atravesaba la Liguria y llegaba hasta Arlés, de donde se desprendían brazos á todas las Gaulas.

Al sur, la vía de Ostia conducía á la ciudad de este nombre, puerto de Roma y estación del universo.

A estas vías de primer orden, que eran como las grandes arterias de la reina del mundo, se unían muchas otras cuyas largas sinuosidades iban á buscar los lugares de menor importancia, para llevar á ellos el movimiento que partía del corazón. Casi tan conocidas como las primeras en la historia profana, la mayor parte son gloriosamente célebres en los fastos de nuestros mártires. Basta nombrar la vía *Cassiana*, la vía *Nomentana*, la vía *Tiburtina*, la vía *Prevestina*, la vía *Laveniana*, la vía *Ardeatina*, la vía *Valeriana* y por fin la famosa vía *Triunfal*. 1

1 Hé aquí los nombres de todas las vías romanas, comprendiéndose las ramificaciones: Vía

Sobre aquellos caminos magníficos, en aquellos suntuosos palacios, bajo aquellos innumerables pórticos, sobre aquellos inmensos forum, en medio de aquellos monumentos del lujo, del poder, de la riqueza, en una palabra, de la civilización material más prodigiosa que jamás existió, se movían cinco millones de habitantes. 1

Tal nos pareció Roma pagana. Esta visión, literalmente histórica de la cual no podría dar idea ninguna realidad del mundo actual, arroja al espíritu en una especie de estupor. A este primer sentimiento sucede una gran piedad. Sin duda por su arrogancia y su opulencia, se ha atribuido á la reina del mundo antiguo, el poder so-

Trajana, Appia, Lavicana, Præmestina, Tiburtina, Nomentaria, Salaria, Flaminia, Clodia, Valeria, Aurelia, Campana, Ostiensis, Portuensis, Janiculensis, Laurentina, Ardeatina, Setina, Qumctia, Cassia, Gallica, Cornelia, Triumphalis, Latina, Asinaria, Cimina, Tiberina. Las principales vías interiores ó grandes calles de Roma, eran nueve. Vía Sacra, Vía Nova, Vía Lata, Vía Nova alia, Vía Fornicata, Vía Recta, Vía Alta. Onuphr. lib. I, pág. 64.

1 Este es el cálculo del sabio Justo Lipso. Nos parece ménos hipotético y mucho más conforme á las expresiones de los autores paganos, que las conjeturas de algunos escritores modernos, de los cuales, muchos han querido reducir á un millon la población de Roma, según el número de las medidas de trigo suministradas al consumo anual de esa capital por el Egipto y la Sicilia.—Hablando de la clausura del lustrum, (fiesta romana) hecha por Claudio el año 801, Tácito se expresa así: *Condiditque lustrum quocensa sunt civicum LXIX centena et XLIV milia Tacit. Annal. lib. XI, cap. 25.*

Si se reflexiona, primero en el número de los grupos de las casas *insula*, y de los palacios en cerrados en el recinto de las murallas; segundo, en la inmensa extensión de los suburbios; tercero, en esa multitud de extranjeros ó más bien de naciones, como dice Aristides, que aflúan á Roma; cuarto, en el número prodigioso de esclavos que excedía con mucho al de los señores; quinto, en ese pequeño pueblo de Roma, del cual solo una parte (trescientos mil) vivía del tesoro; sexto, en las cohortes pretorianas, en la guarnición, en el espantoso número de gladiadores, etc., que combatían día á día en los circos ó en los anfiteatros, no se hallará nada exagerada la cifra indicada arriba.